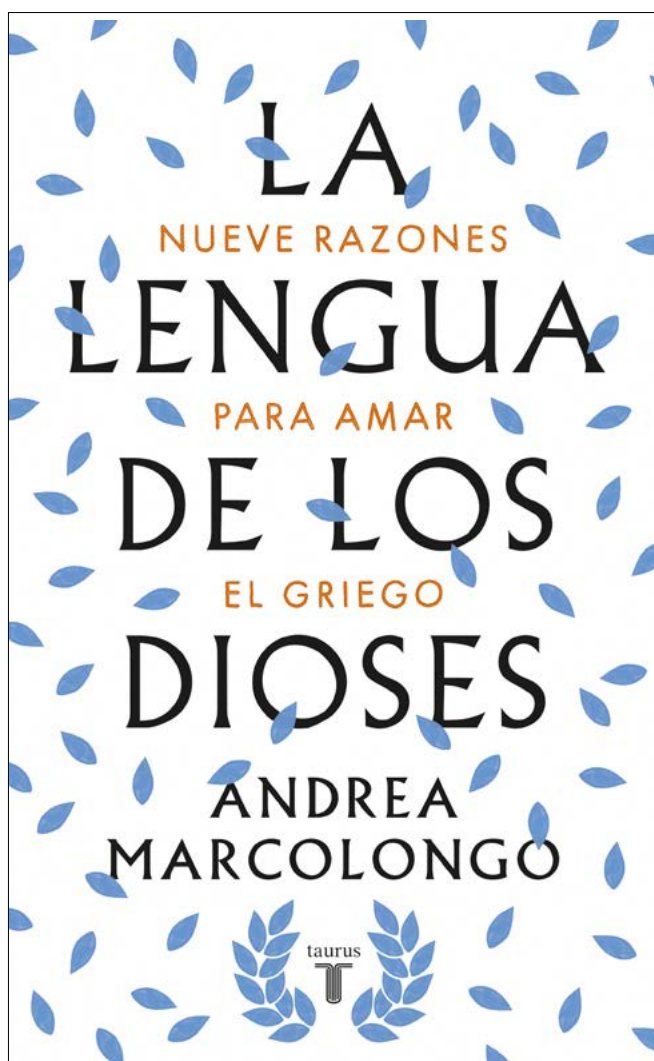


Nostalgia de una lengua divinizada

José Antonio de la Riva Fort*

ANDREA MARCOLONGO (2017): *La lengua de los dioses. Nueve razones para amar el griego*. Barcelona: Taurus; 208 pp. ISBN: 978-84-306-1881-1. Precio: 16,90 €.



El libro de Andrea Marcolongo es una antología de lo que tiene de curioso, anecdótico y llamativo el griego antiguo, en particular desde un punto de vista morfológico. Está escrito en primera persona, exaltando la subjetividad, y rebosa de ejemplos y datos sabrosos, entremezclados con apuntes de la experiencia de la autora, provenientes de la lectura, la traducción y la enseñanza de esta lengua. A pesar de que contiene abundante información gramatical, este libro no es una gramática; aunque aporta noticias históricas sobre el griego, no es una historia de la lengua; si bien incluye algunos principios de traducción, no es un manual para traductores.

Tras el prólogo y la introducción, los capítulos abordan los siguientes temas: el aspecto (pp. 23-50), los sonidos, acentos y espíritus (pp. 51-70), los tres géneros y los tres números del griego (pp. 71-93), los casos (pp. 95-116), el modo optativo (pp. 117-137), cómo se traduce del griego (pp. 139-162) y una breve historia de la lengua (pp. 163-196). Sumando las distintas singularidades abordadas, es difícil quedarse en nueve, como profesa el título: hay muchas más que nueve razones para amar el griego. Como si se tratara de iluminaciones, entre las páginas de cada tema se encuentran intercalados dispares cuadros de temas culturales, lingüísticos e históricos, como el vino griego, la Edad Oscura, la escritura, los colores y algunas etimologías curiosas.

La selección de características saltantes en que el libro se basa es excelente: a pesar de las limitaciones de espacio, recoge prácticamente todo aquello que puede dejar con los ojos como platos a cualquier amante de las lenguas y aquello en que el griego se diferencia de lenguas como el italiano, lengua de la autora, el español o el inglés. A continuación, repasaré brevemente cuáles son esas singularidades del griego que esta obra nos recuerda.

¿Cómo es el sistema verbal del griego?

No está organizado principalmente a partir del tiempo, como el español (que tiene presente, pasado y futuro), sino sobre la base del aspecto. ¿Y qué es el aspecto? Una categoría que se refiere a la cualidad de la acción, dividiendo los acontecimientos del mundo no entre presentes, pasados y futuros (que el griego también contempla), sino entre cumplidos y no cumplidos, y que tiene en cuenta la duración entre el comienzo y el final, lo puntual frente a lo repetido o durativo. Así pues, el valor aspectual de presente en griego describe los acontecimientos de modo durativo, en proceso de desarrollo, como una línea; la acción no afecta al hablante, pues todavía se está viviendo. El aspecto de aoristo presenta los hechos por lo que son en sí, de manera puntual, indeterminada y sin límites, como acciones que se cumplen sin tener en cuenta las consecuencias. Finalmente, si los verbos griegos describen acciones acabadas y lo que queda de ellas son sus consecuencias, que perduran y se hacen palpables en el presente, se emplea el perfecto. Al verter al español los diferentes aspectos, solemos emplear perífrasis, pero en griego estos valores están plenamente integrados en el sistema morfológico de los verbos.

Y ¿la pronunciación del griego es como la española?

La autora también aborda el problema de la pronunciación del griego, cuyo sonido ha desaparecido, lo cual hace imposible reconstruirlo con absoluta fidelidad. Con todo, estamos muy seguros de que el griego era una lengua musical y rítmica.

* Profesor universitario y editor (Lima). Dirección para correspondencia: josedelarivafort@gmail.com.

A diferencia del acento del español, el del griego era tonal, es decir, no intensivo sino melódico, basado en variaciones del tono, más agudo o grave. Su carácter rítmico se aprecia en que en esta lengua se alternan sílabas largas y breves, que al combinarse forman ritmos muy variados, irreproducibles en español fuera de la música. En la escritura del griego se emplean los espíritus, es decir, marcas que indican la presencia de aspiración en las vocales iniciales de palabra (espíritu áspero) o su ausencia (espíritu suave). La autora no olvida explicar los distintos tipos de acentos del griego: el agudo indica elevación del tono; el grave, una inflexión descendente; el circunflejo, una elevación seguida de un rápido descenso, solo posible en sílabas de vocal larga. Como muestra de cómo ha llegado a nosotros la música de la poesía griega, la autora nos muestra el esquema métrico de la *Pítica X* de Píndaro, que constituye una especie de partitura, a la que sin embargo le faltan muchos detalles para que podamos entender con precisión cómo sonaba.

Y ¿el género y el número de las palabras son como los del español?

No exactamente. Estos dos accidentes morfológicos del griego también son llamativos: a diferencia del español, en que ambos tienen solo dos posibilidades (masculino y femenino, por un lado; y singular y plural, por el otro), en griego tienen tres. Aparte del masculino y femenino, el griego tiene género neutro, lo cual refleja que la primera oposición de las cosas en las lenguas indoeuropeas se daba entre lo inanimado (neutro) y lo animado (masculino o femenino). En cuanto al número, el griego, al menos en época clásica, tenía, aparte de singular y plural, número dual, en cuya descripción se recrea la autora. Se empleaba para referirse a entidades dobles, grupos de cosas unidas naturalmente por una conexión íntima, como las manos, los ojos o los amantes.

Y ¿cómo se indican en griego las funciones de la palabra en la oración?

El español emplea el orden de palabras y las preposiciones. En griego esto es distinto: aunque también se emplean preposiciones, las relaciones lógicas y sintácticas de los nombres dependen principalmente del sistema de casos. ¿Y qué son los casos? Son las distintas formas que pueden adoptar las palabras para cumplir funciones diferentes: el nominativo, principalmente para nombrar, para indicar el sujeto de la oración; el vocativo, para interpelar o llamar a las personas; el acusativo, para significar el viaje de las cosas hasta su meta o el objeto directo; el genitivo, para diferenciar las cosas, señalar partición o procedencia, y el dativo, para indicar el destinatario de las acciones y adónde van las cosas.

Y ¿los modos verbales son como los del español: indicativo, subjuntivo e imperativo?

También en este punto el griego antiguo se aparta, porque, aparte de estos tres, posee un modo más: el optativo. Esta lengua basaba sus modos en el grado de realidad de las cosas y tiene uno para indicar el deseo, la posibilidad, lo realizable, un recurso que ha conservado del indoeuropeo, del que

deriva. Si las posibilidades de que una acción ocurra son buenas, el griego emplea el subjuntivo; si no lo son y se perciben como remotas, prefiere el optativo.

¿El libro se limita, entonces, a señalar estas particularidades gramaticales?

No, porque tiene dos capítulos más: uno en que aborda cómo puede traducirse del griego, a qué detalles hay que prestar atención, cómo calmar la angustia frente a la extrañeza de esta lengua, de qué modo el conocimiento de la cultura y la historia ayuda a contextualizar y extraer mucho más sentido de los difíciles textos. Puede resultar de particular interés la comparación de dos posibles traducciones de un pasaje de Jenofonte, una escolar y una libre, donde queda de manifiesto la dificultad de verter con naturalidad a lenguas modernas textos de una lengua tan sintética.

El último capítulo cuenta la historia de la lengua, y dos partes de él son especialmente relevantes para quienes trabajamos hoy con el lenguaje: la que se refiere a los dialectos del griego y la que trata del griego común, la koiné. A los dialectos geográficos griegos (dórico, eólico, jónico-ático, nororiental y arcadio-chipriota), variantes marcadas por el lugar de procedencia de los hablantes, hay que sumar los dialectos literarios, las variantes propias de cada género poético. Así pues, el jónico es el dialecto de la épica y de la historia; el ático, de la prosa y el teatro; el eólico, de la poesía monódica. Por buscar un burdo equivalente desde nuestra perspectiva de hispanohablantes de hoy, quizá tendríamos que emplear características léxicas y gramaticales de la variante mexicana, colombiana, argentina o peruana de nuestra lengua, mezcladas de modo artificial, para escribir cierto género de novela. En griego antiguo, los géneros literarios estaban profundamente unidos a los dialectos.

Marcolongo nos cuenta cómo la lengua de Atenas alcanzó el estatus de lengua común, por su poder político, y sirvió de base a la koiné, la lengua común griega desde tiempos de Alejandro Magno, y que con el tiempo sirvió como lengua franca para que griegos, persas, sirios, macedonios, egipcios, árabes e iraníes pudieran entenderse, muchas veces como segunda lengua, una situación que la asemeja al inglés de hoy en día. Como el inglés de hoy, el griego era en el helenismo la lengua del poder, de la ciencia, de la educación, de la creciente religión cristiana, y fue sumamente influyente en otras lenguas, como el latín, cuya situación de lengua expuesta a la influencia de la lengua de otra cultura más desarrollada en ciertos aspectos podría compararse a la del español científico o médico, lleno de palabras tomadas del inglés.

Idealización y singularidad

Es necesario comentar una idea que impregna este libro y que asoma en distintos lugares de manera más o menos explícita, porque no parece estar muy alineada con los principios de la lingüística moderna. La autora parece querer dar a entender que el griego es una lengua capaz de procurar una precisión y una sencillez que otras lenguas no tienen, que hay cosas que pueden decirse en griego antiguo y no en otras lenguas, que hay virtudes, síntesis, claridades, lucimientos, filigranas,

músicas, emociones, matices y glorias que solo pueden ser alcanzadas en griego clásico. Si bien es cierto que las lenguas condicionan nuestra manera de ver el mundo y el griego antiguo, con todas sus bellezas y posibilidades, no es una excepción, también es cierto que todas las lenguas tienen o pueden desarrollar recursos para referirse eficaz y hermosamente a toda realidad. Creo que, sin perder de vista los aspectos singulares de la lengua griega, conviene recordar el principio de que todas las lenguas son equivalentes. La mayor parte de las particularidades morfológicas del griego, descritas en las páginas de este libro, no tienen paralelo en las lenguas modernas, pero eso no significa que con recursos quizá no ya morfológicos, sino sintácticos, léxicos o estilísticos, estas lenguas no sean capaces de alcanzar precisiones, lucideces y efectos estéticos equiparables a los del griego. Desde un punto de vista científico, creo que no cabe esa idealización romántica que se encuentra en la base de este libro; idealización, por otra parte, muy conveniente para títulos sonoros que multipliquen la popularidad de las publicaciones de divulgación.

El libro de Andrea Marcolongo conjuga amor por una lengua y un gran conocimiento de los distintos tipos de receptores de la profesión de dicho amor: quienes conocen y aman el griego, quienes lo estudiaron obligados y nunca lo amaron, quienes no lo conocen y quizá quisieran conocerlo.

La obra rescata hermosamente el espíritu humanista, impráctico, del que se atreve a hacer cosas (como estudiar griego) por el mero hecho de que son difíciles, por el placer de pertenecer al prestigioso grupo de los conocedores. Por una parte, supone una estimulante introducción para quienes estudian el griego con gramáticas a la antigua usanza, que carecen de las inasibles sensaciones y los deleitosos matices que esta lengua puede tener. En ese sentido, constituye el mejor estímulo que conozco para motivar a todo curioso a aprender griego, porque ¿quién, tras saber que el griego tiene tres géneros, tres números, tres diátesis, modo optativo, aspectos expresados morfológicamente, con un singular sistema de casos y otras ostentosas diferencias, no morirá de ganas de al menos echarle una mirada?

Por otra parte, para quienes hemos estudiado esta lengua y queremos recordar nuestra experiencia de paladearla, sufrirla y traducir de ella, este libro es un pequeño viaje de dulce nostalgia. La rápida popularidad que el libro ha alcanzado constituye una demostración palpable de que, como sociedad, seguimos sintiendo deseo de regresar a los orígenes de nuestra cultura, de que muchos sentimos la tristeza de una lengua perdida, de una dicha, de una patria distante. No en vano, *nostalgia*, que viene de *νόστος*, «regreso» y *-αλγία*, «-algia», (de *ἄλγος*, «dolor») es una palabra griega.

